

# BIZANCIO Y LA ÉPOCA OSCURA

## UNA CIVILIZACIÓN PUESTA A PRUEBA\*

José Marín

[Originalmente en: *Imago temporis. Medium aevum*, 2 (2008), Lleida, España, pp. 59-82 (versión en inglés: “Byzantium and the Dark Ages. A Civilization on Trial”) y 309-329]

### Resumen

En este artículo se presenta una reflexión acerca de la Civilización Bizantina entre los siglos VII y IX, momento crucial para su existencia y que implicó profundos cambios, y fue entonces cuando la Civilización Bizantina, a veces concebida como inmersa en un hieratismo aplastante, demostró su dinamismo y plasticidad para enfrentar los problemas. Aquella época de crisis, que la historiografía anglosajona califica de *dark age* y que pone fin a la época tardoantigua, es lo que D. Zakythinós llamó “Gran Brecha” del helenismo, concepto que nos parece adecuado (*mutatis mutandis*) para referirse a la llamada “crisis del siglo VII” en el Mediterráneo oriental. Si fue una época de crisis, de decadencia o de transformación es una cuestión abierta, y quizá sólo estemos frente a imágenes especulares detrás de las cuales nos mira agazapada —y tal vez esbozando una sonrisa socarrona— una realidad histórica de una complejidad tal que involucra todos aquellos aspectos. Como sea, lo que sí podemos observar claramente es que la Civilización Bizantina no sólo pudo superar una época difícil con las respuestas históricas adecuadas, sino que también vigorizando las raíces helénicas, Bizancio supo ganar un futuro próspero.

### PREÁMBULO

Los períodos de cambio, como aquel que vivió el Imperio Bizantino en la llamada “Edad Oscura” —y que, como objeto de nuestra reflexión intentaremos bosquejar en sus líneas maestras—, permiten apreciar la vitalidad de un sujeto histórico y su capacidad para enfrentar los desafíos que impone la existencia histórica, soportar los cambios y, si cabe, adaptarse a ellos, pero sin perder sus rasgos distintivos, lo que, en fin, nos permite ponderar su permanencia en el tiempo a la vez que sopesar sus fortalezas y debilidades. El análisis histórico nos enseña que tan vano como afanarse en sostener un continuismo históricamente

---

\* Un adelanto de este trabajo fue presentado con ocasión del “Tercer Simposio de ADEISE: Europa, identidad y crisis”, Mendoza, Argentina, 2006.

irreal, es forzar el ritmo de la historia con el fin de provocar cambios bruscos que no hacen sino atentar contra la esencia misma del sujeto histórico, amenazándolo con desaparecer, para demostrar luego, más temprano que tarde, su equívoco. En el primer caso, por ejemplo, podemos pensar en las llamadas “Civilizaciones Detenidas”, como explicara A. Toynbee, y entre ellas el caso del inmovilismo del Bajo Imperio Romano; en el segundo caso, podemos apelar a todos aquellos movimientos contestatarios que han pretendido volver a un “punto cero”, desde los primeros monjes hasta los *hippies*, pasando por la Revolución Francesa.

La Civilización Grecorromana del Mediterráneo, por ejemplo, antes de su colapso final, debió enfrentar, sufrir y superar, muchas épocas de cambio, a veces profundos, sin que su identidad histórica haya sucumbido. Así, los romanos del Imperio lo son tanto como los de la República, a pesar de las mutaciones de la estructura política, y ello es una prueba irrefutable de la vitalidad de Roma. Similar es el caso de la Civilización Bizantina que, entre los siglos VII y IX, debió enfrentar una profunda crisis que cambió parte de su estructura económica, social, demográfica, etc., pero no su ser histórico completamente: una vez superado el desafío, nos encontramos frente a una civilización fortalecida, que sigue siendo helenística y cristiana, esto es, bizantina. La dinastía macedonia, que gobernó el Imperio entre los siglos IX y XI, representa muy bien la vitalidad de una sociedad que supo llevar su cultura hasta regiones remotas, sembrando las semillas de la identidad de la Europa oriental de raigambre ortodoxa. Los eslavos, por ejemplo, de bárbaros potencialmente peligrosos para el Imperio, llegaron a conformar naciones "hermanas", aunque autónomas e independientes.

Y precisamente, cuando hablamos de Bizancio, lo hacemos de los pilares fundantes de lo que comúnmente denominamos Europa Central u Oriental, conceptos discutidos —quizá también discutibles— y que han estado de algún modo contaminados con visiones ideológicas de distinta índole. Cabe preguntarse, al comenzar este estudio, acerca de qué hablamos cuando decimos “Europa Oriental” o “Europa Central”, especialmente en referencia a la Edad Media, para evitar caer en anacronismos conceptuales o imprecisiones.

Europa puede ser dividida en zonas oriental y occidental a partir de una serie de líneas imaginarias que es posible trazar de acuerdo a criterios religiosos, étnicos o políticos, entre los más relevantes. A partir de la configuración de los extremos, además, se puede concebir una tercera parte y central, lo que viene a complicar aun más el asunto —sin mencionar la noción de sudeste europeo de N. Iorga, concepto relativamente reciente—. Cuando nos referimos a Europa Oriental, Europa Central o Europa Centro-oriental, estamos usando una nomenclatura comprometida con la historia política de la región, en los siglos XIX y XX, aun cuando se pueden encontrar referencias más tempranas. A diferencia de lo que ocurre con *norte* y *sur*, que son referencias geográficas objetivas, *oriente* y *occidente* se han relativizado a partir del observador o protagonista que asume una u otra denominación, no sólo determinada por su localización geográfica, sino en gran medida por su “ubicación” cultural e ideológica. Como hemos dicho en otro lugar, “la expansión de [uno u otro] ha implicado una relativización de los conceptos *Oriente* y *Occidente*: las relaciones, de enfrentamiento o no, entre uno y otro mundo pueden darse en el siglo X en la España Musulmana, cuando Almanzor (978-1002) saquea la ciudad de Compostela, en el Medio Oriente en la época de las Cruzadas, en Viena, durante el asedio turco otomano del siglo XVII, o en la conquista napoleónica de Egipto a fines del siglo XVIII, y, quizá, también en los albores del siglo XXI en el corazón financiero de los Estados Unidos”. Tal idea es perfectamente aplicable a una realidad más acotada, como es el caso de Europa, toda vez que se usan tales denominaciones dependiendo de circunstancias políticas —las influencias alemana y austríaca, por ejemplo— o ideológicas —la presencia de la hegemonía soviética y el Pacto de Varsovia—. De hecho, los que llamamos hoy *países del este* o Europa Oriental, es claramente un invento de la Guerra Fría y por tanto una noción esencialmente geopolítica, y no necesariamente esa clasificación —sustentada en la identificación de sistemas políticos y económicos diversos y hasta antagónicos— tiene un sustento histórico, cultural, étnico y lingüístico claro y simétrico. De hecho, la extensión de la Unión Europea hacia, precisamente, los “países del este”, demostraría en la práctica que tal concepto ha perdido consistencia en forma significativa.

Una forma fácil y neutra, ideológicamente hablando, para concebir una Europa Central y Oriental, es a partir de la geografía, dividiendo el continente en tres franjas,

abarcando en total desde los diez grados de longitud oeste hasta los sesenta grados de longitud este. Europa Occidental abarcaría, aproximadamente, hasta los diez grados este, y desde allí y hasta los treinta y cinco grados, lo que llamaríamos Europa Central, frente a la Europa Oriental que terminaría en los sesenta grados este. Lo que corrientemente llamamos Europa Oriental, correspondería a una franja que corre desde los doce y medio grados hasta los cuarenta, abarcando Polonia, Checoslovaquia, Hungría, la ex-Yugoeslavia, Albania, Grecia, Rumania y las Repúblicas Bálticas, Bielorrusia, Ucrania y Rusia hasta Moscú. Por el norte el límite estaría establecido en el Mar Báltico y la Península Escandinava, mientras que por el sur los Balcanes cumplen el mismo papel.

Pues bien, esa Europa Oriental que estamos tratando de definir, poco tiene que ver con la antigua clasificación ideológica, pero sí podemos reconocer algunas otras cosas relevantes, como la identidad étnica de base eslava y la identidad religiosa de base cristiana. Entendida así, esta Europa Oriental se parece mucho a la que definió T. Masaryk (1850-1937) —“las tierras ubicadas entre Alemania y Rusia”— y que desde la segunda década del siglo XX se incorporó en los estudios históricos como un concepto útil al hablar de la Edad Media. Sin embargo, para nosotros esta parte oriental de Europa incluye Grecia, debido a que el elemento último de identificación descansaría en el plano religioso. En efecto, en época medieval nadie pensaba a Europa en términos de Oriente y Occidente, sino que se concebía una *Christianitas* que tenía una expresión constantinopolitana y otra romana. Lo que conocemos como Europa Occidental es, en la realidad medieval, la *Christianitas Occidentalis* de Carlomagno, separada del Imperio Romano (léase *Bizancio*) por una franja de pueblos bárbaros ubicados entre el Mar Báltico y el norte de los Balcanes, zona que se fue dinamizando poco a poco al constituirse allí principados, primero, y reinos después. El Tratado de Aquisgrán del año 811 reconoció esa realidad bipolar al asignar “áreas de influencia” al Imperio Carolingio y al Imperio Bizantino en aquella zona. En la medida que las potencias de la época tomaron conciencia del crecimiento de los nuevos estados (Moravia, Bulgaria, Serbia y Croacia, más tarde Rusia, Polonia y Hungría), comenzaron a atraerlos hacia su órbita de influencia, el occidente latino-romano-germánico a través de la conquista mientras que el oriente greco-constantinopolitano optó por la creación de una comunidad cultural sustentada en lazos espirituales, fundamento de una identidad religiosa

ortodoxa que comparte desde entonces mucha población del centro y este de Europa, mayoritariamente eslava.

\* \* \*

Entre los elementos que caracterizan el inicio de un período “medieval”, ocupa un lugar importante la *Völkerwanderung* o migración de pueblos -expresión más suave y menos comprometida que la de “invasiones”-. Durante el período que nos interesa, diversos pueblos se integraron a la Historia Universal, integración que —tal como ocurrió en Occidente entre los siglos IV y V— es dramática en su primera fase para el poder central, pero que a la larga es históricamente fecunda. Ávaros, serbios, croatas y búlgaros, desde la estepa, eslavos desde el norte del Danubio, musulmanes desde el sur-oriental, tales son los nuevos pueblos con los cuales Bizancio, después del primer período de choque, tuvo que aprender a relacionarse, aprendizaje que, a diferencia de lo que ocurrió con el Imperio Romano Occidental, garantizó su futuro por varios siglos.

La plasticidad del Imperio al enfrentar las circunstancias históricas adversas fue notable: frente a la imposibilidad de seguir sosteniendo el “ecumenismo latino”, se optó por la vía de establecer lazos de amistad entre Bizancio y los nuevos vecinos, integrándolos a una comunidad cultural, religiosa y política, una “familia” de naciones, verdadero *commonwealth*, como la llamara D. Obolensky (ciertamente, el caso musulmán queda fuera de este esquema, pues si bien existieron relaciones diplomáticas, la integración era imposible pues se trataba de dos mundos excluyentes el uno respecto del otro). Esto no significó renunciar a las pretensiones universalistas inherentes a un imperio cristiano, sino sólo el reconocimiento de una realidad: es igualmente la concreción del Plan Providencial —aunque que por una vía nueva—, ya que la inclusión dentro de la comunidad bizantina exigía una conversión religiosa, política y cultural, de manera que estos pueblos se sumaran a una tarea histórica, liderada por Constantinopla, pero que era entendida como un compromiso que involucraba a toda la Cristiandad.

En el caso particular de la Grecia Balcánica, donde la Edad Oscura se hizo sentir con particular dramatismo, el Imperio sin embargo no transó: obligó a los recién llegados a “bizantinizarse”, lo que no hizo con rusos, búlgaros o serbios: una cosa era la extensión de la influencia bizantina a regiones “bárbaras” que nunca fueron parte del imperio, y otra la recuperación de un territorio tradicionalmente helénico. Grecia fue entendida como una provincia arrebatada injustamente por los bárbaros, que la habitaban sin el consentimiento imperial; allí no cabía pues ni un Cirilo ni un Metodio, sino una reconquista en forma, como efectivamente aconteció. Y fue así como Bizancio salvó el helenismo aun en la misma Grecia, mérito suficiente para quedar en las páginas de la historia.

### **DEL IMPERIO LATINO AL IMPERIO GRIEGO**

Los reinados de Justiniano I (527-565) y de Heraclio (610-641), constituyen dos polos dentro de un mismo proceso histórico, caracterizado por el fin del “ecumenismo romano” y el comienzo del helenismo bizantino oriental, cultural y geográficamente hablando. Si Justiniano puede ser llamado el “último emperador romano”, Heraclio bien puede ser considerado el “primer emperador bizantino”. Aquél, imbuido del espíritu imperial latino, asumió la tarea de restaurar el Imperio Universal, emprendiendo la llamada Reconquista, tarea en la cual se empeñaron todos los recursos diplomáticos, económicos y militares con que contaba el emperador. El “sueño ecuménico” pareció en ese entonces hacerse realidad: Bizancio, la Segunda Roma, volvía a ser, como lo fue la Primera, Señora del Mediterráneo, restaurando su autoridad en el norte de África, levante ibérico y norte de Italia. En una perspectiva “localista” y estrecha, la gran empresa político-militar de Justiniano puede parecer muy exitosa. No obstante, a la vuelta de algunos años comenzaron a percibirse signos de debilidad, síntomas de una enfermedad que tendrá como consecuencia, por una parte, la pérdida irremediable y definitiva de las provincias reconquistadas, y, por otra, debido a que la política de Justiniano, centrada en Occidente, favoreció, a la larga, a poderosos enemigos del Imperio (lombardos, eslavos, ávaros, persas, entre otros), debió soportar el Imperio, también, la pérdida de otras importantes provincias. Egipto y Siria-Palestina sucumben bajo la arremetida, primero, de los persas y, luego, de la expansión árabe musulmana, nueva fuerza político-militar alimentada de

un fuerte sentimiento místico y que hace su aparición en el Mediterráneo en las primeras décadas del siglo VII. Los ávaros y eslavos, por otro lado, se hacen con el control de los Balcanes. Y así, entre los siglos VI y VII Bizancio se desangra en dos frentes.

Heraclio, por su parte, contempló en algún momento la posibilidad de trasladar a Occidente la capital, específicamente a Cartago —su ciudad natal—, pues había encontrado en Constantinopla una situación lamentable después del desastroso gobierno del usurpador Focas (602-610); pero triunfó el tradicionalismo constantinopolitano y lo que podríamos llamar, aunque prematuramente, la identidad “nacional” bizantina. Su política, en definitiva, se concentró en Oriente. Justiniano y Heraclio, pues, cierran el ciclo latino. El Imperio se contrajo territorialmente para ejercer desde entonces su soberanía en Tracia, Constantinopla y su *hinterland*, Armenia y Anatolia. Se trataba de una zona históricamente griega, por lo que la reducción material significó, al mismo tiempo, una fortaleza cultural, al consolidarse el carácter helénico del Imperio. Se habían perdido, además, regiones tradicionalmente conflictivas desde el punto de vista religioso, como Egipto, lo que permitió reforzar el sentido de pertenencia a la ortodoxia, otro elemento de identidad. La lengua griega, por otro lado, ya desde la segunda mitad del siglo VI había desplazado al latín ya que, como dijera el mismo Justiniano, aquella era ya la “pátrios foné”, la lengua patria. El patriotismo romano cedió su puesto ante el patriotismo griego.

Si Justiniano había sido *Imperator*, Heraclio ya es *Basileus ton Roméon pistós en Christo* (“Emperador de los romanos fiel a Cristo”), título que adopta en 629 y que resume espléndidamente el espíritu griego y cristiano del Imperio Bizantino, de tradición romana. Es importante destacar que la pérdida de los Balcanes va a implicar, puesto que las principales vías terrestres que comunicaban Oriente y Occidente —como la *Via Egnatia*— quedaron interrumpidas, un distanciamiento entre Roma y Constantinopla, el cual, andando el tiempo, se hará cada vez más notorio en los planos político, religioso, lingüístico y, en general, cultural. La división administrativa que sancionara Teodosio el Grande en 395, y consolidada en los años siguientes, está completada y ampliada dos siglos y medio más tarde. El Imperio Antiguo ha cedido ya su lugar al Imperio Medieval. A continuación revisaremos someramente algunos hechos destacados de la época que media entre Justiniano y Heraclio, y que nos permitirán

ponderar cómo se fue agudizando la crisis que tan duramente afectará al Imperio hasta la dinastía macedonia.

### **EXPANSIÓN, CONTENCIÓN Y REPLIEGUE**

Bizancio, sin embargo, no estaba en condiciones de enfrentar con todas sus fuerzas los nuevos peligros que se abatían sobre sus fronteras, viéndose frente a una situación límite en la cual, incluso, llegó a estar en peligro su propia existencia. El Imperio podía intentar mantenerse fiel a una política ancestral como lo era no debilitarse ni desangrarse combatiendo en dos frentes ; no obstante, tras la agresiva política de Justiniano —y también con ella y desde ella— los problemas se multiplican y los emperadores apenas pueden manejar una muy compleja situación que llevó a la apertura de diversos frentes: Occidente, con la reconquista justiniana y su pesada herencia, cuando no lastre; el *limes* danubiano, cada vez más inestable pero asimismo cada vez peor atendido; y el frente oriental, con unos díscolos y peligrosos sasánidas que no cesaron hasta terminar por ser abatidos completamente por Bizancio, en el siglo VII, poco antes de ser obliterados por los musulmanes.

Expansión, contención y repliegue, parecen ser tres conceptos claves al momento de ponderar los hechos, si observamos la situación general del Imperio Bizantino en el momento en que el “problema balcánico” —ávaros y eslavos— se hace presente. Asimismo, la relación que Constantinopla establezca con los recién llegados, estará en directa relación con la política global que se asuma, e ilustrada en los tres términos aludidos. Si Justiniano el Grande , claramente, representa una fase expansiva, ya desde la época de su sucesor, Justino II (565-578), las condiciones comenzaron a volverse adversas, y a fines del reinado de Tiberio II (578-582), apenas puede mantenerse una política de contención, mientras el tejido del imperio comienza a crujir. A pesar de los esfuerzos de Mauricio (582-602), quien a duras penas intentó conservar el Imperio que recibió, ya con Focas y su funesto gobierno, y luego con Heraclio, quien al menos pudo recuperar parte de las provincias orientales, Bizancio se desentiende finalmente de las provincias occidentales.

La etapa de repliegue, que incluirá los Balcanes, recién comenzará a ser superada a fines del siglo VIII y comienzos de la centuria siguiente.

En la figura 1 se reproduce un cuadro estadístico con la extensión del Imperio Bizantino a través de toda su historia, y en el cual se puede apreciar con claridad cómo las mayores adquisiciones territoriales, correspondientes a la época de Justiniano, ya no existen hacia el año 620, marcando un verdadero hiato en la curva estadística. Una breve recuperación se constata en época de Heraclio, en la que apenas se supera en su pináculo lo que fue la extensión de la parte oriental del Imperio en los siglos cuarto y quinto; el derrumbe que sigue es elocuente respecto de la situación gravísima por la que atravesaba entonces el Imperio.

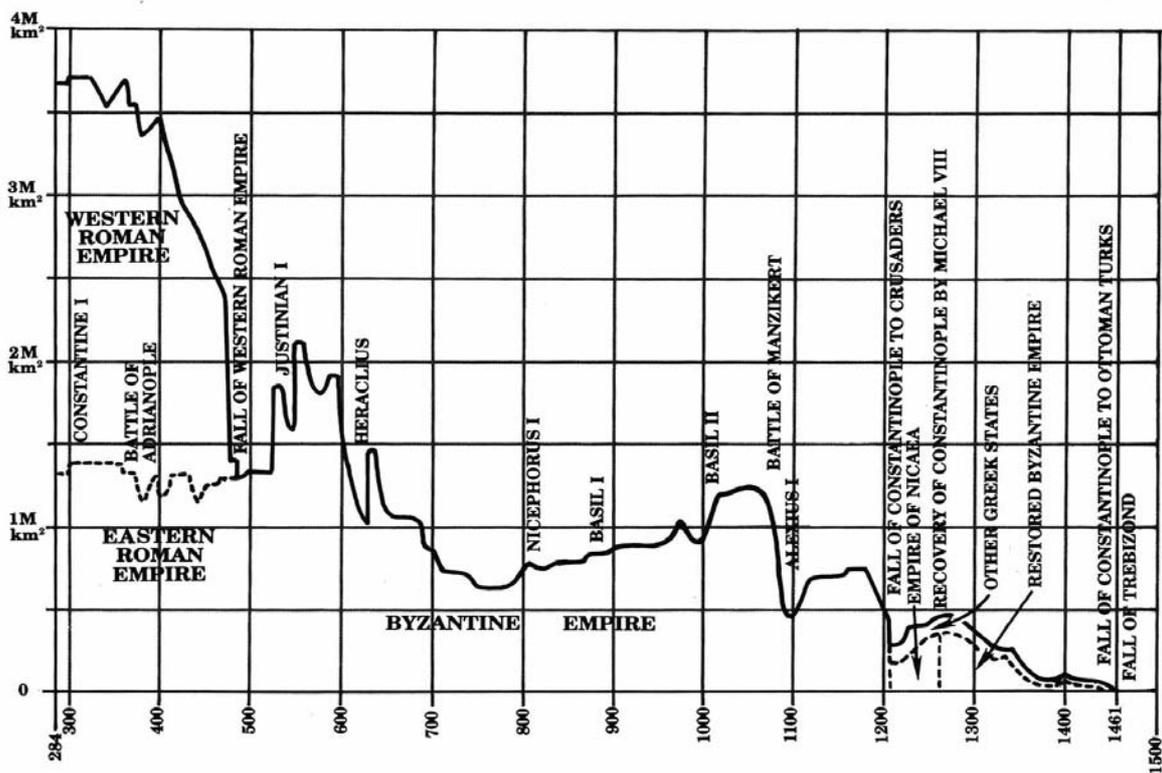


Fig. 1: Gráfico de la extensión territorial del Imperio Bizantino (284-1461)

(Fte.: TREADGOLD, W., *A History of the Byzantine State and Society*, Stanford University Press, 1997, Stanford p. 8.)

Justiniano I, elaboró un ambicioso plan cuyo objetivo era recuperar la grandeza del Imperio Romano. Este emperador, en quien aún estaba vivo el universalismo romano, privilegió el frente occidental enviando una serie de expediciones militares con el fin de recuperar antiguas provincias imperiales. Para contar con suficientes fuerzas, Justiniano firmó una “paz sin límites” —no una “paz eterna” como se han traducido común y erróneamente las palabras de Procopio— con Persia, el año 532 . De hecho, el Imperio Bizantino tenía concentradas sus fuerzas en el frente oriental desde principios del siglo VI, y la paz del 532 vino a dar un respiro que, una vez estabilizado aquél, permitió acometer con la llamada Reconquista justiniana. Por cierto, la paz sólo duró algunos años, hasta ser reestablecida, primero, el 562 por pocos años, y luego otra vez hasta 592 . El proyecto justiniano parece muy exitoso en el corto plazo: entre los años 533 y 555 cayeron bajo la hegemonía bizantina Italia, África y el levante ibérico, además de las islas del Mediterráneo occidental. El Mar Mediterráneo, como se ha dicho tantas veces, volvía a ser una “lago romano” .

No obstante, la monumentalidad del proyecto justiniano, que además del aspecto territorial consideraba una enorme reforma administrativa y un amplio programa edilicio, terminó por erosionar económicamente al Imperio. A mediano plazo se fueron revelando las debilidades de la política imperial, y no sólo sus sucesores heredaron una crítica situación económica, sino que también inestabilidad en el frente oriental, además de un posible tercer frente en la región danubiana, que se materializó desde el año 550, con la irrupción de los ávaros y los movimientos de eslavos.

Por cierto, respecto de estos últimos, Bizancio reclutó a muchos como colonos fronterizos o como mercenarios, en la convicción de que sintiéndose parte del Imperio lo defenderían, una evidencia más del peso de la tradición en las políticas imperiales. Ocupado en las guerras de la Reconquista, en Occidente, y en la guerra contra Persia, en Oriente, no podía el emperador destinar grandes destacamentos militares a una región donde el problema parecía ser “menor”. Se sabe que grupos de eslavos combatieron del lado de Bizancio en la guerra contra Persia, cuando se destacó Dabragazas, quien llegó a ser comandante de la flota de Crimea, así como se puede evocar también el caso de

Sovarouna, soldado de origen eslavo destacado en el Cáucaso. Esta época inicial de penetración —en la cual los eslavos aún no manifiestan interés por establecerse permanentemente en los Balcanes— se caracterizó por contactos pacíficos que iniciaron una gradual helenización de los recién llegados bárbaros, .

El *limes* danubiano, la más peligrosa y vulnerable frontera, había quedado relativamente desprotegido desde el tiempo de Justino I (518-527); aunque su sucesor reforzó las fortificaciones del Danubio, desde Sirmium hasta Constantinopla —completando la obra de Anastasio I (491-518), a la vez que reorganizaba el ejército y utilizaba si era posible la diplomacia para hacer que unas tribus lucharan contra otras —, las fuerzas establecidas allí no fueron suficientes para contener la marea bárbara, y entre los años 580 y 620 declinó definitivamente la resistencia bizantina. En efecto, los sucesores de Justiniano no se preocuparon suficientemente de la mantención del fortificado *limes*. Los eslavos quedaron, así, en libertad casi absoluta para recorrer a su amaño los Balcanes.

Dividido, pues, entre Oriente y Occidente, y preocupado especialmente de la Reconquista, Justiniano I descuidó la frontera danubiana, donde se aplicó una estrategia solamente defensiva, que se reveló, pues, del todo inútil . En todo caso, no hay que infravalorar la actividad constructiva de Justiniano y los trabajos de fortificación del *limes* danubiano. El testimonio de Procopio —del cual muchas veces se ha desconfiado por su carácter apologético, pero hoy confirmado arqueológicamente— evidencia que a mediados del siglo VI la zona fue protegida de una manera hasta entonces desconocida —en la región se levantó una compleja red de tres líneas defensivas interrelacionadas y dispuestas en forma sucesiva—, lo que revela que los esclavos eran percibidos allí como una verdadera amenaza. También intentó Justiniano proteger al Peloponeso de las invasiones, para lo cual hizo levantar un gran muro en el istmo de Corinto, como registra también el citado historiador bizantino, donde construyó fuertes y guarniciones, de modo tal que todas las ciudades de la península quedaran inaccesibles para el enemigo, aun si alguno forzara las defensas de las Termópilas. Sin embargo, la construcción no resistió los embates de la naturaleza, y fue derribada por un terremoto ocurrido el año 551, o quizá por otro fechado en el 580, de manera que a la llegada de los eslavos no había más que ruinas . No deja de

ser paradójico que, aparentemente, algunos eslavos al parecer alcanzaron el Peloponeso cruzando el golfo de Corinto con sus *monoxylos*, y no lo hicieron por tierra a través del istmo, como esperaba el emperador.

Sin duda que, en términos comparativos, el reinado de Justino II resulta más opaco que el de su antecesor. No obstante, ello se explica en gran medida por la herencia que éste le dejó: una poderosa concepción imperial, es cierto, lo que llevó a Justino a buscar la conservación del legado territorial de Justiniano I, pero también le legó un imperio muy extenso y disperso, acosado en todos sus flancos y económicamente arruinado. Una austera y ajustada política fiscal permitió recuperar temporalmente las arcas imperiales hacia el final de su gobierno, pero para entonces ya su política exterior se había revelado del todo errada.

Justiniano había mantenido un precario equilibrio con Persia a costa de tributos, y con los ávaros en la frontera danubiana había hecho otro tanto, claro que a un costo menor. Justino II, sin embargo, fiel a su régimen de austeridad pero manifestando una miopía notable, suspendió ambos pagos, lo que en la práctica equivalía a una abierta provocación de dos peligrosos enemigos —ciertamente que el tributo entregado a los ávaros era considerado por muchos bizantinos como algo humillante—. Por su parte el occidente del imperio se volvía una zona cada vez más inestable, y si por un lado los lombardos, desde 568, entraban en Italia para apoderarse rápidamente de gran parte de ella, por otro lado los visigodos comenzaban un contraataque que llevaría finalmente al desalojo de las tropas bizantinas estacionadas en la península Ibérica; por último, si bien en África el imperio mantenía sus posesiones, las rebeliones beréberes tornaban la situación cada día más precaria, tanto así que, incluso, fue asesinado el prefecto Teodoro, situación inaudita y a todas luces escandalosa.

El desastre pudo ser mayor si el emperador no se hubiera decidido a retractarse y, finalmente, restablecer el pago del tributo a los ávaros. Sin poder evitar la pérdida de Italia, y con la sensible frontera danubiana en manos del ambicioso Bayan, Khan de los ávaros —contenidos gracias al oro—, Justino cometió un último error: activar el frente oriental

contra la Persia de Cosroes I (531-579), quien infringió duras derrotas al imperio bizantino. Otra vez habría que decir que el desastre podría haber sido mayor, de no haber enfermado gravemente el emperador quedando inhabilitado en la práctica para ejercer el gobierno, de modo que la regente emperatriz Sofía se vio obligada a suscribir la paz con Persia. El proyecto universalista justiniano, que había parecido un sueño hecho realidad, no era ya más que una quimera.

Tiberio II y Mauricio cierran ya la etapa de contención y durante su época comienza el repliegue, fruto de dos constantes y graves problemas: multiplicación de los frentes y escasos recursos humanos y económicos para estabilizarlos. En el frente balcánico —siempre “al medio” y dependiendo de las acciones que se sigan en el frente occidental o en el oriental—, el caso de Tiberio es elocuente: si bien pudo pacificar África y recuperar el puerto de Classe de Ravenna, a la vez que celebraba victorias —aunque también hubo de lamentar reveses— en el frente persa, su mayor dolor de cabeza estaba en el *limes* danubiano. La intensificación de la presión ávara y la ocupación de Sirmium en 582, lo obligaron a ceder la ciudad y a pagar los tributos atrasados a causa del conflicto.

Mauricio, por su parte, tuvo que preocuparse del frente occidental, el cual estabilizó fundando los exarcados, con una marcada militarización de la administración, proceso que se acentuará en las décadas siguientes; sin embargo, en la península Ibérica sufrió pérdidas territoriales irreversibles. El frente persa fue una preocupación prioritaria de su gobierno, y en 592 pudo poner fin a dos décadas de guerra gracias a un tratado de paz, firmado después de la guerra civil que había azotado a los sasánidas en los años 590-591, y que terminó por instalar en el trono a Cosroes II (590-628), gracias a la ayuda bizantina.

Una vez firmada la tregua, Mauricio dirigió su mirada a los Balcanes, zona que había quedado descuidada y donde la penetración ávaro-eslava avanzaba sin freno alguno, tanto así que habían ocupado varias ciudades y, confiados en su poder, exigían al emperador aumentar el tributo pactado años antes. El envío de tropas al mando del general Prisco logró reducir la presión de los bárbaros sobre el imperio; no obstante, la grave situación económica llevó a Mauricio a tomar decisiones que luego habría de lamentar.

Parte de su política de austeridad fue reducir la soldada del ejército, lo que ya había afectado seriamente su moral; la gota que colmó el vaso fue la orden que dio de permanecer al otro lado del Danubio, en territorio ávaro, el invierno del año 602-603. Indignado, el ejército marchó sobre Constantinopla liderado por el general Focas quien, después de asesinar a Mauricio y sus cercanos, se proclamó emperador.

La rebelión del general Focas (602-610) cuyo gobierno fue un completo desastre, ha sido asumida muchas veces como el momento en que la frontera danubiana quedó prácticamente entregada a su suerte; sin embargo, como F. Curta ha demostrado recientemente, no hay evidencias de que el *limes* haya quedado completamente desguarnecido ni hay registro de incursiones de ávaros o eslavos entre 602 y 610. El colapso de la frontera habría ocurrido, en verdad, durante el gobierno de Heraclio (610-641), quien desde el año 620 debió trasladar sus tropas y concentrar sus fuerzas en oriente, donde la guerra había recrudecido en forma alarmante. Precisamente coincide el traslado de tropas hacia el frente persa, con el incremento de las incursiones eslavas al sur del Danubio, las que ya son de largo alcance, según revela la arqueología.

Como se puede apreciar, el problema balcánico siempre fue una preocupación secundaria para los emperadores, que privilegiaron la defensa del frente oriental. Además de tratarse de una cuestión de voluntad política, los problemas económicos no permitían disponer de un ejército lo suficientemente numeroso como para dejar estacionado un gran contingente en el Danubio, mientras se resolvía el problema con Persia o en el frente occidental. A dicho factor de debilidad militar debe agregarse otro de carácter geográfico: la región de los Balcanes, por su relieve, esencialmente montañoso —*Balkan* es una palabra turca que significa “cadena montañosa” —, es una zona que ofrece grandes problemas para su defensa. Así, pues, el Imperio no pudo evitar que una gran parte del territorio balcánico cayera en manos eslavas durante el siglo VII, escapando del control bizantino al constituirse las *esclavinias*, es decir, territorios ocupados por tribus eslavas independientes unas de otras, y que quedaron fuera de la jurisdicción imperial (si bien desde Justiniano II (685-695) las *esclavinias* fueron reconocidas como autónomas —pero tributarias— éstas jamás llegaron a constituir un poder soberano o un estado, que diese al Imperio la

oportunidad de integrarlo a su esfera política manteniendo así la ficción de la soberanía universal bizantina). La mencionada revuelta de Focas, y la anarquía que le siguió, así como la pasividad de Heraclio, quien después de una década de inactividad se concentró en el frente oriental, contribuyeron a agravar la situación ya que la crisis interna, así como el abandono total de las posiciones danubianas, fue aprovechada por los eslavos, que inundaron los Balcanes.

Al iniciarse el siglo VII, así, la constitución étnica y política de los Balcanes ha variado considerablemente, y es quizá el mayor cambio que, hasta ese momento, haya sufrido la península: de una población mayormente helénica, se ha pasado a una con un numeroso componente eslavo; de una organización centralizada en torno a Constantinopla, a una diversidad tribal basada en lazos consanguíneos, con una economía agrícola y pastoril; de una población urbana a una rural y dispersa .

Hasta en la península del Peloponeso se formó también una especie de esclavina que mantuvo su autonomía por un largo tiempo . Fue entonces cuando comenzó lo que la historiografía sajona califica acertadamente como *dark age* en los Balcanes en particular, y en Bizancio en general, situación de la cual nos vamos a ocupar en las páginas siguientes.

### **LOS TIEMPOS DIFÍCILES**

A partir del siglo VII, y hasta comienzos del siglo IX, la civilización bizantina sufrió una época turbulenta, oscura, durante la cual su existencia misma estuvo amenazada. La irrupción de los ávaros y, especialmente de los eslavos que, profitando de la debilidad militar del Imperio, así como de sus problemas internos, lograron traspasar el *limes* danubiano para instalarse en los Balcanes; la desgastadora guerra sostenida contra Persia en el flanco oriental, donde se concentró la mayor parte del ejército bizantino, descuidándose el frente occidental; la expansión musulmana, que en el medio oriente y el norte de África se realizó a costa de las provincias bizantinas; tales son, *grosso modo*, las amenazas externas que debió afrontar el Imperio.

El gran peligro que representó para el Imperio Bizantino la presencia ávara, en un momento crítico como lo fue la segunda década de gobierno del emperador Heraclio, queda de manifiesto al recordar la expedición del año 626 cuando, en connivencia con los persas, sitiaron la ciudad de Constantinopla. En ausencia del emperador, el patriarca Sergio (610-638) organizó la defensa de la Capital y enalteció la moral de la población, encendiendo el fervor religioso e infundiéndole valor para resistir el asedio. Se entonaron letanías y se elevaron las manos al cielo en oración, al tiempo que se invocaba a la Virgen María como intercesora predilecta ante Jesucristo. Y, admirablemente, los ávaros abandonaron el sitio.

Tal victoria se puede explicar claramente, no sólo porque los ávaros carecían de técnicas de asedio adecuadas para asaltar una ciudad amurallada como Constantinopla, sino también por la oportuna llegada de refuerzos militares. Sin embargo, y esto nos dice mucho de la mentalidad bizantina, los constantinopolitanos, más que en las defensas naturales o militares de la ciudad, confiaban en la defensa sobrenatural de una capital a la que atribuían un destino trascendente. Por cierto, tal énfasis implica también una pérdida de confianza, como advierte J. Haldon, en los símbolos tradicionales del poder.

La creencia en la protección celestial quedó plasmada elocuentemente en el himno *Akathistos*, compuesto en el siglo VI, pero cuyo proemio —en el cual se invoca a la Virgen María como “invicta estratega”— se atribuye al patriarca Sergio, quien lo habría redactado poco después del asedio ávaro, para celebrar tan magnífica y milagrosa victoria (contra unos enemigos que se asimilaron a los antiguos adversarios de Israel, como si Constantinopla fuese una Nueva Jerusalén). Ese año 626 fue decisivo no sólo para Bizancio, sino también para el futuro de los otros dos imperios en pugna: marca el principio de la decadencia de Persia, mientras que el peligro ávaro desaparece del horizonte bizantino y cuya debilidad queda en evidencia al considerar el asentamiento de serbios y croatas en los Balcanes, cuestión interesante, pero que nos alejaría ya en demasía de nuestro propósito; volvamos, pues, sobre la situación general del imperio.

La situación, que llegó a alcanzar dimensiones trágicas en el siglo VII -como que el Imperio, amenazado en todas sus fronteras, parece a punto de perecer-, marca también una era de cambios no sólo territoriales, sino también de orientación política, con una marcada tendencia a la militarización de la administración. En aquellas regiones donde se restituía el dominio imperial, se creaba un *thema*, es decir, una provincia gobernada por un *estratega* en cuyas manos se concentraba el poder civil y militar, y cuya misión consistía en asegurar la sumisión de la región, administrarla y protegerla de nuevos peligros. Cada *thema*, además, contaba con un destacamento de soldados, los *stratiotas*, a quienes se instalaba como colonos en tierras entregadas a cambio de su defensa. Así, pues, estos soldados-colonos hacen soberanía habitando, defendiendo, cultivando y pagando sus impuestos, ya que se trató de una medida cívico-militar que tuvo repercusiones socio-económicas de largo alcance. Si originalmente la palabra *thema* designaba un cuerpo militar, más tarde termina por designar una división territorial, cambio que se opera entre fines del siglo VII y comienzos del VIII. La organización del Imperio en *themas* —un puzzle no resuelto aún del todo por la historiografía—, característica del siglo X, habría tenido su origen, según unos, en las reformas de Heraclio y, según otros, en la excepcional unión que hizo Justiniano del poder civil y militar y la posterior creación de los exarcados en época del emperador Mauricio. Como sea, estas “provincias de avanzada” constituyeron una pieza clave en la recuperación bizantina que se constata desde las primeras décadas del siglo IX. Precisamente una de las claves de la recuperación imperial durante la época de la dinastía macedonia, fue la protección del pequeño campesinado libre, cuyo origen está asociado a la constitución de los *themas*.

La pérdida de gran parte de los Balcanes en manos de eslavos, serbios, croatas y búlgaros, llevó a que el oriente griego y el occidente latino se volvieran la espalda, ignorándose mutuamente: la península, de puente que era, devino en abismo. Tres hitos marcarán el proceso: la exaltación de Pipino como rey de los francos en 751, la coronación imperial de Carlomagno en 800, y el más famoso que efectivo cisma de Focio, en la segunda mitad del siglo IX. Y es que la crisis de Bizancio es parte de un proceso global que afectó a todo el Mediterráneo. Si para el occidente latino se trató de una profundización de cambios que ya se venían gestando, para el oriente grecobizantino fue, prácticamente, el fin

de la época antigua y el comienzo de la Edad Media griega: de un imperio latino ecuménico se pasó a un imperio griego oriental, un mundo católico que se transforma gradualmente en cristiano ortodoxo. El concepto de la "Gran Brecha del helenismo" —que D. Zakythinós acuña para el caso griego—, así, aparece como apropiado, puesto que expresa muy bien el cambio que se operó entre los siglos VII y IX, poniendo fin al helenismo antiguo que cedió ante el helenismo medieval, esto es, bizantino.

Las migraciones de pueblos bárbaros señalan el fin de una etapa y el comienzo de otra. Además, el impacto global que ocasiona esta situación externa no es despreciable: contracción demográfica, movimientos migratorios -v.gr. griegos de Egipto, Siria y Palestina que dejan su tierra para dirigirse a Anatolia o, más lejos, a Sicilia, o habitantes de los Balcanes que huyen hacia las islas o al sur de Italia-, despoblación de unas ciudades y destrucción de otras con la consiguiente ruralización y dispersión de la población, todo ello asociado a una seria crisis económica producto tanto del abandono de los campos como de la pérdida de ricas provincias, como es el caso de Egipto, la consecuente reducción de la mano de obra y la interrupción de importantes vías, tanto terrestres como marítimas.

Desde el punto de vista demográfico, se produjo una reducción de la población -cuya causa es tanto la violencia de los invasores bárbaros como la huida frente a su arremetida-, así como su ruralización y dispersión, con lo cual la ya dañada estructura urbana del Imperio, especialmente en los Balcanes, se derrumbó definitivamente; una nueva forma urbana, el *kastron*, más de acuerdo con la necesidad de los tiempos, junto a la nueva organización administrativa centrada en los *themas*, reemplazó a la antigua, heredada de Roma. Por cierto, los hallazgos arqueológicos demuestran que el proceso de cambio de la estructura urbana había comenzado ya en el siglo VI, antes de la irrupción de ávaros y eslavos, pero se profundizó posteriormente.

La *thalassocracia* bizantina tuvo que enfrentar la competencia del naciente imperio islámico, que llegó a amenazar a Bizancio y su señorío en el Mediterráneo: antes del siglo VII Constantinopla dominaba las rutas marítimas a lo largo de un eje que se extendía desde Crimea, por el Oriente, hasta las Columnas de Hércules, por el Occidente, con un completo

dominio naval, comercial y militar, y con la influencia política que naturalmente implica tal situación. Después, Bizancio tuvo que conformarse con el dominio marítimo del eje Mar Negro-Mar Egeo, reduciéndose sus flujos comerciales a la vez que su presencia política en el Mediterráneo occidental —no deja de ser sintomático constatar que las épocas de apogeo del Imperio Bizantino coinciden con los períodos de dominio marítimo y, de hecho, cuando Bizancio renuncie al mar, la decadencia será inevitable—. En fin, la unidad del Mundo Antiguo se había resquebrajado definitivamente.

### LA GRAN BRECHA, ¿CRISIS O TRANSFORMACIÓN?

Los cambios políticos, sociales, económicos, religiosos, lingüísticos, que acarrió la crisis del siglo VII, implican, pues, el fin de una era que, hundiendo sus raíces en la Antigüedad, es, al mismo tiempo, simiente de una nueva época. No fue una crisis terminal, pero sí una crisis originante. Pareciese que la discutible -y discutida- tesis de H. Pirenne se cumple, *mutatis mutandis*, en el caso del Mediterráneo Oriental. De acuerdo con la proposición del historiador belga, la Antigüedad, encarnada en la *Romania*, se proyecta más allá del siglo V, cuando cae políticamente el Imperio Romano de Occidente, esto es, que la estructura de la *Romania*, prácticamente sin cambios, persiste históricamente, postulado que, si bien no se ajusta a la realidad del Occidente Latino, sí lo hace en alguna medida respecto de la realidad oriental, como queda demostrado en nuestro planteamiento precedente. El error de Pirenne, en este caso, radica en no haber resaltado suficientemente el caso de Bizancio, donde habría hallado algunas pruebas “positivas” —y no sólo teóricas— más de acuerdo con su tesis. El siglo crítico, lo que coincide de alguna manera con el planteamiento de Pirenne, es el que media entre 650 y 750, cuando Oriente y Occidente se separan definitivamente al emerger el mundo musulmán como una nueva potencia en el Mediterráneo a lo que habría que agregar la verdadera “cuña” eslava en los Balcanes, que interrumpió las comunicaciones entre Oriente y Occidente, pues la red viaria que se organizaba a partir de la via Egnatia, quedó completamente desarticulada.

La importancia del siglo VII para la Historia Universal, en general, y para la historia bizantina, en particular, ha sido puesta en relieve, también, por el profesor Héctor Herrera Cajas, sólo que esta vez con una visión más general que incluye, junto a Bizancio y el mundo islámico, al Imperio Persa Sasánida, en Oriente, y al poderío ávaro —además de serbios, eslavos, croatas y búlgaros—, en Occidente. En efecto, hay que reconocer, para situar los procesos históricos en su justa perspectiva, que una explicación unívoca es equívoca, ya que son muchos los protagonistas que se encuentran relacionados, de una u otra forma, con el Imperio Bizantino. Una vez que se ha alcanzado a dimensionar el problema desde una óptica “universal”, es posible referirse coherentemente a los procesos de índole particular: v.gr. los cambios étnicos, las mutaciones de la vida urbana o las fluctuaciones de las fronteras imperiales. D. Zakythinós, precisamente, llamaba la atención sobre esto: estudia un caso específico pero representativo (Grecia), para luego ubicarlo en un cuadro global. Según este autor, entre los siglos séptimo y noveno se vivió en la antigua Hélade un período de oscuridad, de crisis y de cambio; fue la muerte de la Antigüedad Grecorromana y el comienzo de lo que podemos llamar Edad Media Griega. “Después de mediados del siglo VII —dice—, y hasta mediados del IX, la historia de Grecia presenta un período de decadencia; los testimonios de las fuentes acerca de esta tierra clásica de gloriosos recuerdos, se tornan raros e imprecisos; ningún monumento del espíritu es erigido, ningún manuscrito literario proviene de esta región donde la escritura plasmó las obras más sutiles del pensamiento humano; poco numerosos y muy discutibles son los vestigios arqueológicos; pocas inscripciones, unos humildes *graffitis*, han sido conservados; las monedas y los sellos son raros”. Es el fin de una era monumental y artística que, para los griegos, se remonta sin interrupción hasta la Antigüedad Clásica. Los testimonios arqueológicos y artístico-arquitectónicos, cuando los hay, constituyen un claro testimonio de que la llama de la Civilización parece apagarse, para quedar apenas un rescoldo que, cuando soplen vientos de renovación desde la Capital Imperial, a fines del siglo VIII y comienzos del IX, se reavivará para dar una nueva luz, no menos brillante que la anterior, aunque distinta. Para Zakythinós esto sería un abismo, la “Gran Brecha”, que separó dos paisajes históricos bien definidos: desde un punto de vista arquitectónico, por ejemplo, es el fin de la era de la basílica paleocristiana y el comienzo de la era de la iglesia cruciforme, así

como, en el aspecto urbano, la soberbia ciudad helénica fue reemplazada por el *kastron* bizantino, de acentuado carácter militar.

Se podría explicar el fenómeno, en los Balcanes, a partir de las invasiones ávaro-eslavas y búlgaras, que ciertamente afectaron profundamente a la población helénica; sin embargo, ello sería minimizar y simplificar procesos más complejos. El problema balcánico, en efecto, debe considerarse como parte de la crisis bizantina, y esta, a su vez, no se puede entender si no es integrándola a una crisis mediterránea; las invasiones ávaro-eslavas, los terremotos, epidemias y hambrunas, o la Querrela Iconoclasta, son fenómenos más o menos locales que no alcanzan a explicar el cuadro completo. Es la expansión musulmana —que avanza a costa de la debilidad persa y bizantina— la que rompe el precario equilibrio, creando una conmoción a escala “mundial”. Para Zakythinós, el diecisiete de septiembre del año 642 es una fecha simbólica, ya que es entonces cuando Alejandría cae en manos musulmanas, y junto con la ciudad lo hace aquel ideal que su fundador había incorporado a la historia de la Civilización Grecorromana casi un milenio antes.

Gracias a los estudios publicados en los últimos diez años, es preciso matizar la imagen que forjó la historiografía acerca de los Balcanes, sustentada en documentación fragmentaria. La arqueología ha venido a demostrar que nunca los Balcanes, y menos el Peloponeso, escaparon completamente del control bizantino. Así, los trabajos de A. Avramea sobre el Peloponeso, o de F. Curta acerca de los eslavos y la Edad Oscura griega, nos ofrecen hoy nuevas perspectivas de análisis, cuestionando la transformación prácticamente total del Imperio, poniendo el acento en elementos de continuidad y minimizando o matizando, según el caso, el cuadro esbozado hasta ahora. Hay que pensar que la “Gran Brecha” representa un proceso gradual de cambios más que una marcada ruptura entre un período y otro. Zakythinós, aparentemente identificó bien el problema y sus variables principales, pero las sobredimensionó. Con todo, nos parece valioso el concepto de “Gran Brecha”.

A. Stratos, bizantinista que estudió con vivo interés el siglo VII, señala que esta es una época “verdaderamente grave” para el Imperio, un “siglo crucial”, en que “se lucha por la existencia misma de Bizancio”, la cual se gana, de algún modo, como señala G. Ostrogorsky,

abandonando el “sueño romano” para enfrentar la realidad; ambas visiones coinciden con las que hemos analizado precedentemente. Sólo P. Lemerle duda que se trate de una crisis, precisando que estamos, más bien, frente a un período de *transformaciones*, lo que estaría también en la línea del pensamiento de J. Haldon, durante el cual el eje del equilibrio del Imperio se desplaza hacia el Oriente. Se cuestiona así la posición de Zakythinós, quien señalara que es ésta una *crisis* política, económica, social y espiritual, para concluir afirmando que “situado sobre la Gran Brecha, es la ruina del helenismo universal lo que observo”. Si, por otro lado, siguiendo a H. Herrera, entendemos una *crisis* como un período de *cuestionamientos profundos* que exigen *respuestas* comprometidas, comprometedoras y racionales, nacidas de un espíritu templado en este acto tremendamente histórico que es vivir en crisis, respuestas que una vez actualizadas llevarían a una *transformación* —radical o no— de un ser histórico determinado, la discusión planteada en tales términos parece ociosa. Más importante, y más complejo nos parece determinar si se trata de una *crisis* que llevó a una *transformación*, o viceversa. Respecto de la supuesta *decadencia*, éstas se producen cuando una Civilización se muestra incapaz de superar reiteradas y agudas crisis; la renovación bizantina del siglo IX demuestra, a nuestro juicio, que el Imperio supo encontrar las respuestas adecuadas, evitando, precisamente, la decadencia. Probablemente estamos frente a imágenes especulares detrás de las cuales nos mira agazapada —y tal vez esbozando una sonrisa socarrona— una realidad histórica de una complejidad tal que involucra todos aquellos aspectos. Como sea, lo que sí podemos observar claramente que la Civilización Bizantina no sólo pudo superar una época difícil con las respuestas históricas adecuadas, sino que también vigorizando las raíces helénicas, Bizancio supo ganar un futuro próspero.

### ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

No hemos querido recargar este artículo con notas, que debieran ser numerosísimas; somos deudores, no obstante, de una importante bibliografía, de la cual quisiéramos destacar algunos títulos que el lector encontrará, además, al final de este breve comentario. Sin detenernos en las fuentes —que son las conocidas, v.gr. Procopio (Ed. Dewing, 1961-62), Menandro (Ed. Blockley, 1985), Juan de Efeso (Ed. Payne Smith, 1860), Teophanes

(Ed. Mango, 1994), Teofilacto Symmocatta (Ed. Whitby, 1997), los anónimos *Milagros de San Demetrio* (Ed. Lemerle, 1979) o la *Crónica de Monemvasía* (Ed. Dujčev, 1976) entre las más relevantes— y aparte de los manuales tradicionales (L. Bréhier, F. Malleros, A. Vasiliev, D. Obolensky o G. Ostrogorsky), es preciso mencionar algunas obras recientes, como el completísimo trabajo de W. Treadgold (Stanford, 1997), único en su tipo en décadas de bizantinología, y que junto con una detallada descripción histórica nos entrega una puesta al día desde el punto de vista historiográfico, lo que convierte a esta obra en un manual de referencia obligado hoy en día. Es importante destacar la obra colectiva editada por M. Maas (New York, 2005) y dedicada a la época de Justiniano, que es analizada desde diversos puntos de vista. Interesantes y novedosos resultan los aportes de F. Curta, tanto en su libro acerca de la invención de los eslavos (Cambridge, 2001), que presenta una visión que incorpora la antropología y la arqueología al análisis histórico, como su último libro acerca de la historia del sudeste europeo en la Edad Media (Cambridge, 2006), cuyo capítulo segundo está dedicado, justamente, a la “época oscura”, tópico que el autor conoce con profundidad. Para aproximarse a las principales características del siglo VII, comenzando con una excelente síntesis del período que corre entre Justiniano y Heraclio, es utilísimo el libro de J. Haldon (Cambridge, 1997), que incorpora no sólo una buena narración, sino también las diferentes posiciones de los historiadores respecto de ciertos problemas, como es el caso del origen de los *themas*. Para una visión sintética de la situación general del mundo mediterráneo a comienzos del siglo VII, véanse los artículos de H. Herrera (Santiago, 1971) y de G. Ostrogorsky (Washington, 1959).

Para el estudio de los ávaros y los eslavos en los Balcanes y el Peoloponeso existe una extensa bibliografía. Nos permitimos destacar para el último caso, primero, la obra de A. Bon (Paris, 1951), pionera en el estudio de la península, y, segundo, porque actualiza el estado de la cuestión, el libro de A. Avramea (Paris, 1997), que incorpora valiosa información de carácter arqueológico. En cuanto a ávaros y eslavos, aparte del clásico libro de F. Dvornik (Paris, 1970; Boston, 1956), son imprescindibles los artículos de I. Dujčev reunidos en *Medioevo Bizantino-Slavo* (Roma, 1965) y que abordan diversos temas, aunque es cierto que algunas de sus afirmaciones pueden ser discutibles hoy en día. El citado libro de F. Curta (Cambridge, 2001) será un valioso complemento de actualización.

Respecto de los cambios que se operaron en Bizancio en la “Edad Oscura”, junto al estudio de A. Avramea y F. Curta para el tema arqueológico, es imprescindible consultar la *Historia Económica de Bizancio*, dirigida por A. Laiou (Washington, 2002), con información relevante respecto de los intercambios comerciales, los hallazgos numismáticos o las redes viarias, entre otros temas allí abordados. P. Charanis —varios de cuyos artículos se reimprimieron en un volumen recopilatorio (London, 1972) —, por su lado, se preocupó en varios trabajos de la situación de los Balcanes, interesándose en las evidencias arqueológicas, las fuentes o los problemas demográficos, especialmente los desplazamientos de población ocurridos en el período que nos interesa. Si bien Charanis es algo vehemente en sus posturas, algunas de ellas discutibles, es indudable la seriedad con que estudió estos temas, siempre buscando una validación plena para una de las fuentes más controvertidas para el estudio del Peloponeso en la Edad Media: la *Crónica de Monemvasia*.

A D. Zakythinós (Atenas, 1966) corresponde el haber incorporado, tomándolo de la historiografía alemana, el concepto de "Brecha Histórica", que explica muy bien las condiciones materiales, intelectuales y espirituales de la historia griega y bizantina entre los siglos VII al IX. A sus artículos citados más abajo, agréguese la lectura de algunos interesantes trabajos de A. Stratos, publicados en un volumen de la colección *Variorum Reprints* (London, 1983). El valor de la obra de Stratos radica en que, primero, se atreve a estudiar un período crucial para la historia de Bizancio y que, paradójicamente, ha sido poco estudiado, y segundo, en que analiza con erudición y perspicacia las escasas fuentes disponibles para el período, llegando a interesantes conclusiones. Para la discusión sobre si el la época en estudio fue de crisis o transformación, nos ha sido útil un trabajo teórico de H. Herrera (Santiago, 1983) que nos ha servido para confrontarlo a las ideas de P. Lemerle (Spoleto, 1958).

A continuación, el lector encontrará, *in extenso*, la bibliografía que hemos consultado.

- AHRWEILER, H., "La Frontière et les frontières de Byzance en Orient", en: *Actes du XIV<sup>e</sup> Congrès International des Etudes Byzantines* (1971), Bucarest, 1974, ahora en: AHRWEILER, H., *Byzance: les pays et les territoires*, Variorum Reprints, 1976, London.
- ANDREADES, A. M., *Histoire Economique et Financière de la Grèce*, Oeuvres, 1, Faculté du Droit de l'Université d'Athènes, 1958, Athènes.
- AVRAMEA, A., *Le Péloponnèse du IV<sup>e</sup> au VIII<sup>e</sup> siècle. Changements et persistences*, Publ. De la Sorbonne, 1997, Paris.
- BAYNES, N. and MOSS, H. ST. L.B., *Byzantium. An Introduction to East Roman Empire*, At the Clarendon Press, 1962 (1948), Oxford
- BAYNES, N., *El Imperio Bizantino*, Trad. de L. Díez-Canedo y F. Giner, F.C.E., Sexta Reimpresión, 1985 (Oxford, 1925), México D.F.
- BOGDAN, H., *La Historia de los países del Este*, Trad. de A. Forns, 1991 (Perrin, 1990), Buenos Aires
- BON, A., *Le Péloponnese Byzantin jusqu' au 1204*, PUF, 1951, Paris.
- BRÉHIER, L., *El Mundo Bizantino. Vida y Muerte de Bizancio*, trad. de J. Almoína, UTEHA, 1956, México .
- CARPENTER, R., *Discontinuity in Greek Civilization*, At the University Presses, 1966, Cambridge.
- CASTELLÁN, A., "Proposiciones para un análisis crítico del problema de la periodificación histórica", en: *Anales de Historia Antigua y Medieval*, Universidad de Buenos Aires, 1957-1958.
- CHARANIS, P., "The transfer of population as a policy in the Byzantine Empire", en: *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 3, N° 2 (Jan., 1961).
- CHARANIS, P., "Ethnic changes in the Byzantine Empire in the Seventh Century", en: *Dumbarton Oaks Papers*, 13, 1959.
- CHARANIS, P., "The Chronicle of Monemvasia and the question of the slavonic settlements in Greece", en: *Dumbarton Oaks Papers*, 5, 1950
- CHARANIS, P., "On the question of the hellenization of Sicily and Southern Italy during the Middle Ages", en: *The American Historical review*, Vol. LII, N° I, Washington, 1946
- CHARANIS, P., "On the Slavic Settlements in the Peloponnesus", en: *Byzantinische Zeitschrift*, Band 46, Munich, 1946
- CHARANIS, P., "On the question of the Slavonic Settlements in Greece during the Middle Ages", en: *Byzantinoslavica*, X, Praga, 1949
- CHARANIS, P., "The significance of coins as evidence for the history of Athens and Corinth in the Seventh and Eighth Centuries", en: *Historia. Zeitschrift für alte Geschichte*, Band IV, Heft 2/3, 1955.
- CHARANIS, P., "Nicephorus I, the Saviour of Greece from the Slavs (810 A.D.)", en: *Byzantina-Metabyzantina*, vol. I, Part I, New York, 1946
- CHARANIS, P., *Studies on the demography of the Byzantine Empire*, Variorum Reprints, 1972, London
- CURTA, F., "Introduction", en: *East Central and Eastern Europe in the Early Middle Ages*, Ann Arbor, 2005, University of Michigan Press.
- CURTA, F., "Byzantium in Dark-Age Greece (the numismatic evidence in its Balkan context)", en: *Byzantine and Modern Greek Studies*, Vol. 29, N° 2, 2005.
- CURTA, F., *The Making of the Slavs. History and Archéology of the Lower Danube Region, c. 500-700 A.D.*, Cambridge U. Press, 2001, Cambridge.
- CURTA, F., *Southeastern Europe in the Middle Ages. 500-1250*, Cambridge U. Press, 2006, Cambridge.
- DUCELLIER, A., KAPLAN, M., MARTIN, B., *El Cercano Oriente Medieval*, Trad. de E. Bajo, Akal, 1988 (Paris, 1978), Madrid.
- DUJČEV, I., "Bisanzio e il mondo slavo", en: *Settimane di Studi Sull'Alto Medioevo*, vol. XI, Spoleto, 1964.
- DUJČEV, I., "Il mondo slavo e la Persia nell' Alto Medioevo", en: *Atti del Convegno internaz. sul tema "La Persia e il mondo Greco-romano"* (Roma, 1965), Accad. Naz. dei Lincei, quaderno 76, 1966
- DUJČEV, I., "L' arrivo dei popoli slavi e le sue conseguenze", en: *Settimane di Studi*

- Sull'Alto Medioevo*, vol. XXIX, t. I, Spoleto, 1982.
- DUJČEV, I., *Medioevo Bizantino-Slavo, Storia e Letteratura*, Raccolta di Studi e Testi: 102, vol. 1, 1965, Saggi di Storia Politica e Cultural; 113, vol. 2, 1968, Saggi di Storia Letteraria; Edizione di Storia e Letteratura, Roma.
- DVORNIK, F., *Les Slaves. Histoire et civilisation de l'Antiquité aux débuts de l'Époque Contemporaine*, traduit de l'anglais par D. Pavlesky avec la collaboration de M. Chpolyansky, Ed. Du Seuil, 1970 (Boston, 1956; New Brunswick, 1962), Paris.
- FERLUGA, J., "Gli slavi del sud ed altri gruppi etnici di fronte a Bisanzio", en: *Settimane di Studi Sull'Alto Medioevo*, vol. XXX, t. I, Spoleto, 1983.
- FINLAY, G., *A History of Greece from its conquest by the Romans to the Present time. B.C. 146 to A.D. 1864*, New edition revised throughout, and in part rewritten, with considerable additions, vol. IV: *Medieaeval Greece and the Empire of Trebizond A.D. 1204 1461*, At the Clarendon Press, 1877, Oxford.
- GARCÍA-GUIJARRO, L., "Justiniano y la romanidad oriental en el siglo VI", en: Álvarez, V., *Historia Universal de la Edad Media*, Ariel, 2002, Barcelona.
- GREGOROVIVUS, F., *Roma y Atenas en la Edad Media*, trad. de W. Rocas, F.C.E., 1946 (1872-1889), México D.F.
- GROUSSET, R., *L' Empire des Steppes. Attila. Gengis Khan. Tamerlan*, Quatrième Ed., Payot, 1952 (1959), Paris.
- HALDON, J.F., *Byzantium in the Seventh Century. The transformation of a culture*, Cambridge U. Press, Revised Edition, 1997 (1990), Cambridge.
- HAUPTMANN, L., "Les rapports des byzantines avec les slaves et les avars pendant la seconde moitié du VI<sup>e</sup> siècle", en: *Byzantion*, N° 4, 1927-1928.
- HERRERA, H., "Dagoberto y Heraclio. Un capítulo de Historia diplomática", en: *Byzantion Nea Hellás*, 2, 1971.
- HERRERA, H., "El sentido de la crisis en Occidente", en: *Academia*, 8, Santiago de Chile, 1983.
- HERRERA, H., *Dimensiones de la Cultura Bizantina. Arte, Poder y Legado Histórico*, Coedición del Centro de Estudios Bizantinos de la Universidad de Chile y de la Universidad Gabriela Mistral, 1998, Santiago de Chile
- HERRERA, H., *Las Relaciones Internacionales del Imperio Bizantino durante la época de las grandes invasiones*, Ediciones del Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos de la Universidad de Chile, 1972, Santiago de Chile
- JENKINS, R., *Byzantium. The Imperial centuries. A.D. 610-1071*, Wiedenfeld and Nicolson, 1966, London
- LAIYOU, A. (Ed.), *The Economic History of Byzantium. From the Seventh through the Fifteenth Century*, *Dumbarton Oaks Studies* 39, 2002, Washington D.C., 3 Vols.
- LEMERLE, P., "Invasions et migrations dans les Balkans depuis la fin de l' époque romain jusqu' au VIII<sup>e</sup> siècle", en: *Revue Historique*, 211, 1954
- LEMERLE, P., "Les repercussions de la crise de l'Empire d'Orient au VII<sup>e</sup> siècle sur les pays d' Occident", en: *Settimane di Studi Sull'Alto Medioevo*, vol. V, t. II, Spoleto, 1958.
- LEMERLE, P., "Quelques remarques sur le règne d'Heraclius", en: *Studi Medievali*, III Serie, I, 1960, Spoleto.
- LEWIS, A., "Mediterranean maritime commerce: A.D. 300-1100 Shipping and Trade", en: *Settimane di Studi Sull'Alto Medioevo*, vol. XXV, t. II, Spoleto, 1978.
- MAAS, M. (Ed.), *The Age of Justinian*, Cambridge U. Press, 2005, New York.
- MALLEROS, F., "¿Existe continuidad entre la Grecia clásica y la moderna?", en: *Byzantion Nea Hellás*, 5, 1981.
- MALLEROS, F., *El Imperio Bizantino 395-1204*, Ediciones del Centro de Estudios Bizantinos de la Universidad de Chile, Segunda Ed. revisada, aumentada y actualizada, 1987 (1951), Santiago de Chile
- MARÍN, J., "Croatas y Serbios en el *De Administrando Imperio* de Constantino VII Porphyrogénito", en: *Studia Croatica*, Buenos Aires, Argentina, Año XXXVII, n° 130, Marzo 1996.

- MARÍN, J., *Cruzada, Guerra Santa y Yihad. La Edad Media y Nosotros*, Ediciones de la Universidad Católica de Valparaíso, Serie Monografías Históricas N° 15, 2003, Valparaíso.
- MUSSET, L., "Entre deux vagues d'invasions: la progression slave dans l'histoire européenne du Haut Moyen Age", en: *Settimane di Studi Sull'Alto Medioevo*, vol. XXX, t. II, Spoleto, 1983.
- MUSSET, L., *Las invasiones. El Segundo Asalto contra la Europa Cristiana*, trad. de A. Viñoly, Labor, 1968 (1965), Barcelona.
- NYSTAZÓPOULOU-PÉLEKIDOU, "La cuestión macedónica", en: *Byzantion Nea Hellás*, 11-12, 1993
- NYSTAZOPOULOU-PELEKIDOU, M., "Le sud-est de l'Europe et la Méditerranée au Moyen Age (les cadres géographiques et historiques)", en: *Communications Grecques présentées au VI<sup>e</sup> Congrès International des Etudes du Sud-Est Européen*, Sofia: 30 Août - 5 Septembre 1989, Ed. par le Comité National Grec des Etudes du Sud-Est Européen, Centre D'Études du Sud-Est Européen, 1990, Athènes
- OBOLENSKY, D., *Byzantium and the Slavs: collected studies*, Variorum Reprints, 1971, London.
- OBOLENSKY, D., *The Byzantine Commonwealth. Eastern Europe 500-1453*, Cardinal Ed., 1974 (1971), London
- OIKONOMIDES, N., "The concept of Holy War and two Tenth-century Byzantine Ivories", en: *Peace and War in Byzantium*, The Catholic University of America Press, 1995, Washington D.C.
- OKEY, R., "Central Europe/Eastern Europe: Behind the Definitions", en: *Past and Present*, N° 137, Nov. 1992.
- OSTROGORSKY, G., "Byzantine cities in the early Middle Ages", en: *Dumbarton Oaks Papers*, 13, 1959.
- OSTROGORSKY, G., "The Byzantine Empire in the world of the Seventh Century", en: *Dumbarton Oaks Papers*, 13, 1959
- OSTROGORSKY, G., *History of the Byzantine State*, transl. by J. Hussey, Rutgers U. Press, 1957 (1940), New Jersey.
- PATOURA-HATZOPOULOS, S., "L'oeuvre de reconstitution du limes Danubien à l'époque de l'empereur Justinien Premier", en: *Revue des Etudes Sud-Est Européennes*, Bucarest, tome XVIII-1, Janvier-Mars 1980
- PIRENNE, H., *Mahoma y Carlomagno*, trad. de E. Benítez, Alianza, Tercera ed., 1981 (1937), Madrid.
- PRITSAK, O., "The Slavs and the Avars", en: *Settimane di Studi Sull'Alto Medioevo*, vol. XXX, t. 1, Spoleto, 1983.
- RAJEVIĆ, A., "Bizancio y la cristianización de los eslavos", en: *Byzantion Nea Hellás*, 9-10, 1990.
- ŠARIĆ, L., "Balkan Identity: Changing Self-Images of the South Slavs", en: *Journal of Multilingual and Multicultural development*, Vol. 25, N° 5/6, 2004.
- SETTON, K., "The Bulgars in the Balkans and the occupation of Corinth in the Seventh Century", en: *Speculum*, Vol. 25, N° 24, Oct. 1950.
- SPAIN ALEXANDER, S., "Heraclius, Byzantine Imperial Ideology, and the David Plates", en: *Speculum*, LII, 2, April 1977
- STRATOS, A., *Studies in 7<sup>th</sup>-Century Byzantine Political History*, Variorum Reprints, 1983, London.
- SZÁDECZKY-KARDOSS, S., "The Avars", en: Sinor, D (Ed.), *The Cambridge History of Early Inner Asia*, Cambridge U. Press, 1994 (1990), Cambridge
- TREADGOLD, W., *A History of the Byzantine State and Society*, Stanford University Press, 1997, Stanford
- VACALÓPOULOS, A., *Origine of the Greek Nation. The Byzantine Period, 1204-1261*, Transl. by I. Moles, Rutgers U. Press, 1970, New Jersey
- VASILIEV, A., *History of the Byzantine Empire 323-1453*, The University of Wisconsin Press, Second english ed., 1964 (1928), Madison and Milwaukee.
- VASILIEV, A., *Justin the First. An Introduction to the epoch of Justinian the Great*, Harvard U. Press, 1950, Cambridge.
- VILFAN, S., "La cristianizzazione delle campagne presso gli slavi del sud occidentali: organizzazione, resistenze, fondo sociale",

- en: *Settimane di Studi Sull'Alto Medioevo*,  
vol. XXVIII, t. II, Spoleto, 1981.
- VLASTO, A. P., *The entry of the Slavs into  
Christendom*, Cambridge University Press,  
1970, London.
- ZAKYTHINOS, D., “*La Grande Brèche dans la  
tradition historique de l'hellénisme du  
Septième au Neuvième siècle*”, en:  
*Χαριστήριον εἰς Ἀναστάσιον Κ. Ὁρλάνδου.  
Δημοσίευμα τῆς ἐν Ἀθήναις Ἀρχαιολογικῆς  
Ἑταιρείας* (ἐν Ἀθήναις, 1966), ahora en:  
ZAKYTHINOS, D., *Byzance: Etat-Economie-  
Société*, Variorum Reprints, 1973, London.
- ZAKYTHINOS, D., “*La ville byzantine*”, en:  
*Diskussionbeiträge zum XI Internationalem  
Byzantinisten Kongress*, 1958, München,  
ahora en: ZAKYTHINOS, D., *Byzance:  
Etat—Economie—Société*, Variorum  
Reprints, 1973, London.